

## EL RELOJ DE CIGÜEÑA Y OTROS RELATOS

*Elías Hacha*

### EL ÚLTIMO SUEÑO

(32 motivos para no dormir. Varios autores. Editorial Círculo Rojo)



Por desgracia, lector, ha llegado tu hora. Antes de que acabes de leer este relato, estarás muerto. Probablemente pensarás que esto es simple ficción, que no va contigo, que nadie te ha hablado de este asunto, que, si existiese un relato como éste, habría estado desde hace tiempo en boca de todo el mundo: todo lo contrario. Piénsalo. No queda un solo testigo de esta lectura. Podrías dejar de leer si quisieras. Con toda seguridad, no serías el primero en intentarlo. Volverías. Y morirías como vas a morir: mientras lees estas páginas.

En el fondo de ti, algo comienza a comprender. La muerte llama así, de repente. Como un

hombro que rozas inadvertidamente al salir del teatro, una mirada desconocida que se cruza con la tuya o un paso, en el habitual trayecto hacia casa, que nunca terminas de dar. Ahora sí, ahora no. Es así de sencillo. Y nadie te ha de juzgar. Es sólo que se acaba. Lo sabes, ¿verdad?

Circula ya algún que otro libro de efecto sorprendente: para dejar de fumar, para salir del alcohol, para aumentar la autoestima... Funciona en algunos casos, es cierto; incluso habrás escuchado a personas a las que realmente una lectura les ha hecho cambiar. Este relato es más eficaz: *siempre* consigue que el lector deje de vivir. Seguir o no seguir leyendo no es ya una decisión que tú puedas tomar. Has comenzado y vas a seguir. Incrédulo -¡por supuesto!- seguro de que esto no es más que literatura. Pero vas a seguir, claro que sí, vas a seguir hasta que *lo* dejes. *Lo* dejes definitivamente. Antes de que termine. Nunca podrás leer el final. Nadie conoce el verdadero final.

También podrías saltar ahora, si quisieras, como en un ejercicio de rayuela, hasta las últimas palabras. Carecerían de sentido si antes no hubieras leído las anteriores. Y te quedarían muchas palabras por leer que podrían ser la última para ti. Si lo hicieras, únicamente comenzarías a reconocer tu debilidad. Pues aún crees que tu fortaleza reside en que no das crédito a lo que estás

leyendo. Y quizá sea cierto. Quizá esa sea tu última y escasísima ración de fortaleza. Mejor será que no la dilapides con dudas inútiles.

Te queda muy poco. Las cosas son así. Tal vez una página antes, un párrafo antes, una frase antes, una palabra antes de que acabes de leer este relato. No importa que lo creas o no. Tampoco tu placer o tu desconsuelo. Eres uno de los lectores que al azar posó sus ojos sobre estas líneas. No te imaginas cuántos te precedieron y cuántos han de seguirte en el futuro. Trombosis, seguirán determinando los médicos, ictus, infartos, asfixia, accidentes indeterminados, muertes repentinas. En realidad los diagnósticos siempre fueron indiferentes: Todos ellos, es así de sencillo, murieron y morirán de esta lectura en la que ahora insistes tú.

Este deseo que te ha asaltado de dejar de leer, de descalificar el relato desde los primeros momentos, reconócelo, evidencia que algo en ti ha detectado el verdadero peligro. No te engañes, no es que esté mal escrito o que huelga a artimaña barata; es tan sólo que tu cuerpo sí sabe que conviene huir. Tú te dices a ti mismo que se impone lo contrario, que dejar de leer iría en contra de tu buen sentido, de tu orgullo racional, de las cosas como deben ser y como son. Sin embargo, algo te susurra que es tu cuerpo quien lleva la razón, pero que no hay escapatoria. Para poder huir habría que detener el tiempo. Nunca estuvo en tu mano. Porque ha llegado la hora.

Desde que te aficionaste a los relatos infantiles has disfrutado de la intensa vida que portaban todas esas historias. Este es un relato portador de muerte. El único relato sin historia. El único que, simplemente, se limita a acompañarte hasta el momento justo de tu desaparición. No importa cómo ha llegado a tus manos, si lo compraste por el título, si lo has sacado de una biblioteca, si es una simple fotocopia o si lo has bajado de la red. Si algún amigo te lo dejó, no lo ha leído él. Si te lo llegó a alabar, desconfía. Tal vez te dijo *“es sorprendente”* o *“a mí me cogió por sorpresa”*. Desconfía de él, es uno de tantos que presumen de lectores sin haber leído nunca nada que merezca la pena. Nadie puede escapar. En el fondo, nadie ha querido nunca escapar.

La incredulidad da confianza. La confianza nos hace temerarios. No puedes dejar de leer, pero sí puedes hacerlo más despacio. Condensar el tiempo. Aprovechar los últimos instantes. Despedirte, aunque sólo sea en tu corazón, de todo cuanto amas. Hazlo. No tengas prisa por terminar. Relee de nuevo hasta aquí, si te parece. Éste no es un microrrelato, pero sí un relato breve. Quizá es el momento para recapitular lo que ha sido tu vida, por el mero placer de hacer balance. Un momento de arrepentimiento, o de íntimo agradecimiento quizás. Un último acto de determinación para despedirse con la conciencia impecable.

Desde luego, no hace falta llamar a nadie. De nada sirve alarmar antes de tiempo. Todo será sencillo. Ellos conocen el protocolo en estos casos, siempre hay gente que ayuda a prepararlo todo. En cuanto a ti, de primera, de segunda, incinerado ¿qué más te da? No pareces muy afectado. Un poco inquieto si acaso, pero poco más. Mejor así. Al fin y al cabo, la muerte es algo tan natural como la vida. A nadie se le oculta su existencia. Todos sabemos que tarde o temprano nos habrá de tocar. ¿Que ahora te toca a ti? Pues de

acuerdo. No son precisos grandes gestos ni aspavientos, ni perder absurdamente la compostura.

Te resistes, ¿verdad? Es natural. Ves que el relato avanza y que ya queda poco, y que no pasa nada. Es fácil pensar que sólo ha sido una estúpida sospecha, ni siquiera eso, una levísima posibilidad por un instante... Lo cierto es que basta un instante. Y que ese instante, ahora sí, está a punto de llegar. Calma. Sigue como hasta ahora. Todo está bien. Vamos a hacerlo como las enfermeras cuando ponen la anestesia: vamos a descontar juntos, despacito, siete, seis, cinco, cuatro...

Como puedes comprobar, sólo quedan tres párrafos. Quizá cuando acabes creas que no has muerto. Te haré una advertencia: no estés tan seguro. Hay una cosa que tienes que saber de la muerte: los demás la notan de momento. Tal vez a estas alturas el médico ha diagnosticado ya la causa de la tuya. Pero a nosotros, a los muertos, viene a rescatarnos, por un breve tiempo, el sueño de que seguimos viviendo. Algo de esto habrás oído, por las novelas, por las películas. Es absolutamente cierto. No te preocupes. Cuando despiertes de esta última prórroga, ni siquiera vas a darte cuenta. Ahora sí, ahora no. También será así de sencillo.

Estás en el penúltimo párrafo. Da lo mismo. Al llegar al último punto pensarás: *era lo normal, el relato decía que nunca podría leer el final, pero yo lo he leído, no era más que un relato*. Iluso. Hace ya muchas líneas que no lees, hace muchas líneas que sólo estás soñando muerto.

Te resistirás a creerlo. Dejarás atrás la palabra FIN y seguirás tan tranquilo. No importa. De un momento a otro desaparecerá esta sensación de permanecer en tu mundo, con tu cuerpo, con tu nombre; todas estas postreras impresiones que aún te hacen creer que existes se tornarán en una explosión de gloria y de luz, prodigiosa, eterna. Y esa explosión fuera del tiempo, encerrando tu ser más profundo, será justa, suficiente; y habrá un último sueño menos; y todo seguirá sin el mineral, sin el vegetal, sin el animal, sin el ser humano, sin las dulces costumbres que aún, cadáver iluso, pretendes que te configuran.

FIN

.....

(Me atrevo a pedirte un último favor: si por casualidad, en este piadoso tramo definitivo más acá de la vida, antes de que definitivamente acabes, te da tiempo a soñar que pasas este relato a algún conocido añade a tus palabras : *“Es sorprendente. A mí me cogió por sorpresa”* Repíteselo, incluso. Sólo será una pequeña broma para hacer más llevadera tu propia muerte.)

CUENTECILLO DE NAVIDAD

(*La Perezosa* –cancionero de navidad-. Campanilleros de Corteconcepción.  
Edita la Asociación Musicocultural La Perezosa)



*La Perezosa*  
*Campanilleros de Corteconcepción*  
*Asociación musicocultural La Perezosa*

Apenas intentaba mis símbolos primeros en la primera escuela de la Ciudad Sagrada, cuando fuimos llamados a las puertas de palacio. Desapercibido entre la multitud, compartí con todos un silencio que suspendió la tarde ante los milenarios dragones de piedra púrpura y dorada. El Viejo Emperador abrió su boca y llegó a los corazones la perfección de su verbo:

- Una estrella he visto, amados míos, que me reclama hasta el extremo más lejano del mundo. El niño merecedor de todos los anhelos y de todos los sueños del espíritu va a nacer en una tierra bárbara y en guerra. Debo ir, pues he sido elegido. Si alguno de vosotros así lo desea, puede venir conmigo.

Larga fue la caravana, sonora y colorida, cargada de presentes para el niño del anhelo. Permitieron mis padres mi partida, y en una caja dorada, dentro de otra caja de plata, dentro de otra caja de verde esmeralda, puse yo mi regalo y lo guardé en mi seno.

No me demoraré en narrar las noches primeras de júbilo y de danza, los días de cansancio, los ríos, las montañas, los seres extraños que dejamos al paso. Fueron muchas jornadas –no las conté, por niño- hasta que al fin llegamos a una pequeña aldea, pequeña y triste, más pequeña que el más pequeño de los barrios de nuestra Ciudad, tan triste como los poblados habitados de enfermos allende la muralla.

Y al rodear la aldea, en una antigua cueva que servía de pesebre para las pocas bestias de algún hombre pobre, se detuvo la estrella que nuestro Rey veía. El Rey alzó su mano y dijo:

- Hemos llegado.

No sé qué raro polvo de aroma perfumado entregó él a los padres. Todos dejaron sus dones en el suelo. Yo saqué de mi ropa la caja de las cajas y aquella madre dulce me llamó hasta su lado.

- ¿Qué nos traes?, me dijo, con una voz tan tierna que aún llaga mi garganta el eco de su acento.

- Mis gusanitos de seda, con hojas de la morera.

Vi tristeza en la faz del Viejo Emperador. Ahora sé que él sabía, o creía saber, que al destapar la última cajita de cartón sólo habría hojas secas y la seca tristeza de los gusanos muertos. La entreabrió con cuidado la madre luminosa del niño del anhelo, y rió, y besó mi frente, y mostró a todos, con júbilo, tres capullos perfectos; uno verdoso y grande, cual suave esmeralda, otro blanco de plata y un tercero pequeño, dorado y reluciente como la más diminuta de las cajas que había coloreado mi pincel escolar.

## EL RELOJ DE CIGÜEÑA

(*El Sol atornillado –cuentos del simbúscalo-*. Editorial Renacimiento.)

Aunque entre los amigos tengo cierta fama de manitas, y mis creaciones suelen ser celebradas - sobre todo por las señoras -, yo sé que no paso de ser un simple aficionado. Y es que no resulta fácil, si se carece de tradición familiar, iniciarse en los secretos del complicado arte de la relojería.

Por descontado que ninguno de mis relojes funciona con pilas. Tal intromisión de energía exterior sería como robarle al reloj su propia alma, ese pequeño toque divino que su creador se ve obligado a insuflarle periódicamente, girando su perolilla o su palometa, subiendo sus pesas hasta la posición inicial, o simplemente volteándolo cuando la fina arena, implacable y metódica, culmina su trasvase de ampolla a ampolla y, graciosamente empinada en colina circular, declara con su aguzada quietud el deseo de recuperar el sutilísimo movimiento que de nuevo inicie su ciclo simple y eficiente.

Del reloj me importa el reloj en sí mismo. Su exactitud para marcar el tiempo es más un desafío a mi paciencia que una necesidad práctica.



Así que acepto el desafío y procuro ajustar su marcha a la del Reloj Magistral, pero no su hora: No me gusta que los relojes estén sincronizados. Sería espantoso que todos a la misma hora presentasen las agujas en la misma postura. Y más espantoso aún cuando los de música, los de cuco y los de campana destrozasen sistemáticamente mi sensibilidad con un concierto no por esperado menos estridente y repentino. De ninguna manera. Mis relojes marcan horas bien distintas, son libres, tienen sus preferencias y su propia personalidad. Cuando estoy con ellos en el taller, van dejando caer sus horas de forma continua a lo largo de todo el día: a una música de

Vivaldi responden poco después ocho campanadas solemnes, que a su vez se ven contestadas por el campanilleo de la media del reloj de la cantarera. Y así, cinco minutos después de la media suenan las once, al tiempo que cada uno de ellos presenta un gesto diferente: el entrecejo fruncido de la una menos cinco convive con la romántica perilla de las seis y media, con la cortesía estúpida de las diez y diez, o con el mostacho zapatista de las cuatro menos veinte; mientras que otros, no tan simétricos en ese momento, pierden la compostura del gesto en el nervioso guiño de las nueve y cinco o la sonrisa amarga de las nueve y diez. Y la verdad es que, cuando estoy con ellos en el taller, me siento tan feliz que se me pasa el tiempo y ni siquiera me acuerdo de la hora que es.

Mi favorito ha sido durante muchos años un reloj de cigüeña que construí como terapia cuando regresé - un poco tocado, todo hay que decirlo - del Servicio Militar. Fue la primera vez que trabajé con caja de madera, y eso me obligó a pasar largos días de aguardiente y tinto peleón en la vieja carpintería de un pariente de mi madre que llegó a tener cierto prestigio en el mundo de la ebanistería, pero que no hizo fortuna porque se declaraba artista - que no artesano - y nunca consintió que nadie le metiera prisa. Sin embargo, mi proyecto le agradó. Decía que lo mejor de todo era que, a pesar de que algún día el mecanismo dejaría de funcionar, la caja seguiría allí, muda; y en su silencio sería el más ajustado símbolo de la eternidad. Yo le repliqué que, si él quería, nunca le daría cuerda. Él dejó muy claro que así no valía.

El reloj de cigüeña no llega a sobrepasar los cuarenta centímetros de altura, y representa el reloj de la ermita de mi barrio; sin olvidar, por supuesto, la campana y el extraño nido en dos pisos que las cigüeñas han instalado en la torre. Incluso una multitud de minúsculos gorriones, verdaderos ocupas del entramado exterior del nido, han sido captados e inmortalizados por la lúcida atención de mi pariente. Sobre los nidos, dos cigüeñas del mismo tamaño y

otra algo más pequeña - la cría - reproducen cada hora en punto el clásico claqueo de sus picos al crotorar. Mi tío, cuando le expuse la idea de sustituir el cantarín cu-cú por el chocante ta-ca-ta-ca, me reveló que a los picos de las cigüeñas se les suele dar precisamente el nombre de *relojes*. Me pareció encontrar en la coincidencia algún significado oculto, algún guiño malicioso de la fortuna; y decidí usar un pico de cigüeña como material para construir las agujas.

De cómo la cría del nido de la torre murió electrocutada en los cables de la luz al asustarse con los cohetes de la fiesta de San Juan, y de lo conveniente que resultó esta tragedia para terminar mi reloj, prefiero no hablar. Lo cierto es que fue otra extraña coincidencia que, aunque no puedo afirmarlo, es posible que tenga alguna relación con lo que poco después sucedió.

A nadie se le oculta que los seres humanos solemos olvidar - sólo en ciertas ocasiones y como si se tratase de simples despistes - alguna que otra cosa que tenemos el propósito de recordar, pero que en nuestros fueros más internos deseáramos realmente que permaneciese en el olvido. La verdad es que yo, ni antes ni después, he olvidado jamás dar cuerda a un reloj. Sin embargo, quizá por lo inestable de la mente de un joven que aún no se había recuperado de su estancia no vocacional en el Ejército Español; quizá por aquella conversación acerca de la eternidad a la que el aguardiente nos había conducido a mi tío y a mí; quizá por otra extraña coincidencia necesaria; lo cierto es que, tras instalar el reloj en su repisa y darle cuerda en ese momento, no volví a acordarme de tal cosa hasta dos días después, cuando volví al taller. Apenas introduje la llave en la puerta, caí en la cuenta. Lo había ajustado para veinticuatro horas, tenía que estar parado. Y nunca antes se me había parado un reloj. Me sentí como una damisela medieval que hubiese perdido su virginidad estúpidamente montando a caballo.

Me dirigí abatido hacia él y me sorprendí al comprobar que seguía marchando. Era muy raro. Yo estaba seguro de que nadie había entrado allí, pero me negaba a creer en lo que la evidencia mostraba a las claras. Quizá mi padre hubiera tenido que entrar para algo, y al verlo parado él mismo le hubiera dado cuerda. Pero mi padre, ¿qué podía haber necesitado de allí? Tal vez alguna herramienta, algún destornillador, o una tuerca... Alivié mi tremenda impresión con estas reflexiones, pero de poco sirvió. Lo he comprobado: ha estado encerrado en sótanos, baúles y tinajas viejas; día y días, semanas enteras. Nunca ha dejado de funcionar y nunca ha sido preciso volver a darle cuerda.

En cuanto a mí, el temor inicial se ha visto sustituido por una enorme sensación de alegría y de paz interior. Las puertas del misterio se me han abierto de una forma sencilla y caprichosa, pero ha sido suficiente para que toda mi vida se tiña con una nueva y particular emoción. He de confesar que al principio llegué a pensar que mi giro de palometa había sido realmente un toque divino. Construí otro reloj idéntico, pero no resultó. Nunca más resultó. A todos los demás relojes que he fabricado tengo que seguir dándoles cuerda con regularidad, pero las cigüeñas siguen ofreciendo por su cuenta el traqueteo seductor de sus propios relojes.